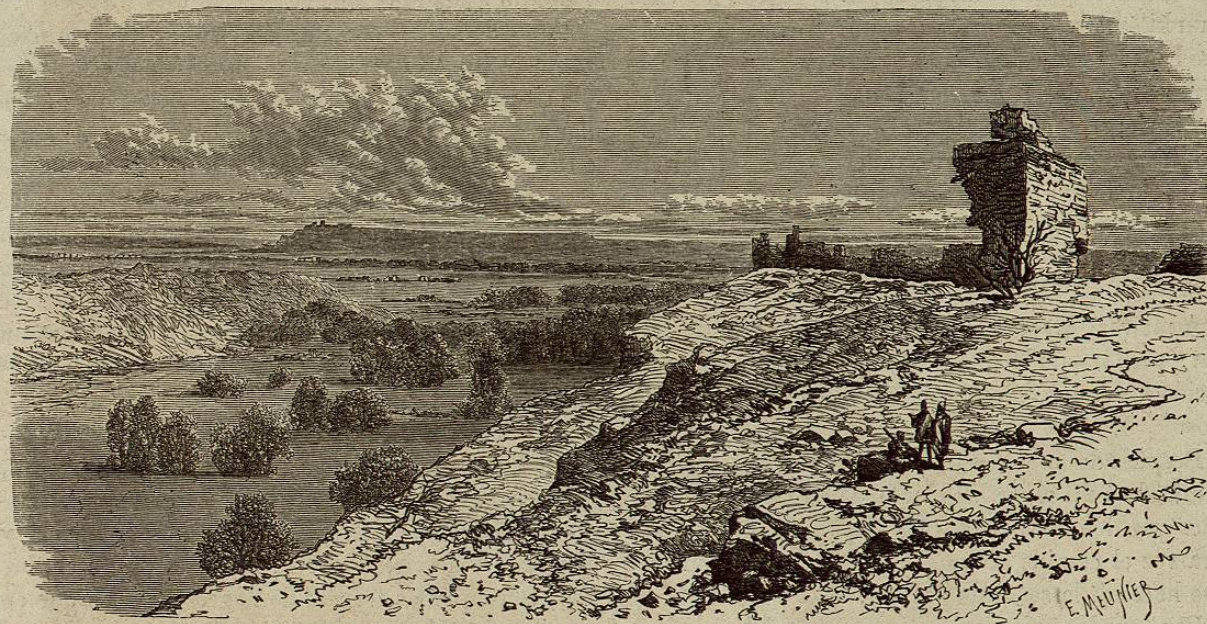


bante envolviendo un casquete de bordados multicolores y su abigarrado pañuelo á la espalda. En este enojoso paseo de todos los dias hallan ellos una gran economía, porque la permanencia en la isla es muy cara, y el único gasto que les ocasiona esta movilidad es el precio de la barquilla que no tiene nada de exagerado: 5 *paras* por asiento (3 céntimos).

Hay en Monkullo una casa de capuchinos donde tuvo el honor de encontrar al venerable obispo del pais de los gallas, monseñor Massaja, de quien no se habia tenido en Europa noticias hacia ya dos años, y que tenia para mí el carácter de un aparecido de *ultra-tumba*. Monseñor Massaja habia fundado á costa

de peligros sin número muchas misiones en el reino de Kaffa y los pequeños Estados limítrofes. Despues, por efecto de una rara exigencia del rey de este pais casi legendario, tuvo que salir de aquí y refugiarse en los territorios de Djimma y Guderú, donde hubiera vivido en paz si no hubiera tenido que ver con los djibberti. Llámense así los comerciantes musulmanes de Abisinia, que deseosos de cerrar á los europeos el conocimiento de las ricas comarcas cuyo marfil, café y oro en polvo monopolizan, hicieron creer á los indígenas que el obispo francés no podia ser mas que un espía del nego. Ahora bien, en este tiempo los gallas vivian bajo la amenaza de una in-



Necrópoli de Desset.

vasion de Teodoro II, y monseñor Massaja fue dos ó tres veces preso y despojado. Yo habia sido encargado oficialmente de hacer todo lo posible para libertarlo, pero en el estado de relaciones de la Abisinia con los gallas ni aun pude saber si vivia; mas el 18 de agosto de 1863, volviendo de una de mis escursiones diarias, recibí un billete cuya firma en italiano me chocó sobremanera. Era de monseñor Massaja, que me decia haber atravesado, caminando solo de noche, todo el centro del imperio, trabajado por la guerra civil. Habia sido detenido por un jefe de canton en la orilla del Takazzé á jornada y media de mi residencia de Devra de Tabor, y lo iban á conducir ante el nego. Informábame de estos hechos, pidiéndome á la vez algunos objetos de primera necesidad que le envié sin retardo y con la expresion de mis mejores deseos. Salí despues en su busca no encontrándolo sino en Monkullo, donde supe de su boca el resto de

sus aventuras. Monseñor Massaja habia visto al nego en su campo de Derek Oauze y fue muy bien acogido. Su categoría de obispo, su gran reputacion de virtud y letras, su cabello blanco, todo esto era un título de consideracion para aquel monarca. «Quisiera conservaros aquí, le dijo benévolamente; pero estoy vigilado por el *abuna* (jefe de la Iglesia nacional) y solo puedo invitaros en vuestro interés y el mio, á que vayais á Massaúa desde donde me escribireis lo que os parezca sobre mi gobierno: bien sabeis que me creeria feliz en seguir vuestros consejos.»

El astuto nego se espresaba sinceramente, ó solo procuraba hacer de un hombre tan justamente respetado como monseñor Massaja, un abogado en la opinion de Europa?

Hé aquí una cuestion que no me encargo yo de resolver.



Mar-Ooi durante el kharri.



## XVI.

Partida de Monkullo.—Las choras.—Massaúa: estructura geográfica.—Cisternas.—Nombre y origen de Massaúa.—Saba.—Los banianos.—La libertad de cultos amenazada por los perros de Mr. Delmonte.—Las misiones de Massaúa.—Un capuchino duelista.

Salí de Monkullo por la mañana muy temprano y me dirigí hacia la playa de Gherar, desde donde una canoa me condujo en tres minutos á la isla de Massaúa. No habia encontrado en mi trayecto mas vegetacion que mimosas, euforbios enanos y los paletuvios *choras* que cubren el cascajo.

Los bosques de *choras*, vistos á algunos pasos, hacen el efecto mas encantador y mas engañoso: espesos, de un verde suave, hundiendo en la mar sus delgados tallos y mirando en el espejo del agua sus bellas hojas semejantes á las del laurel, estos curiosos paletuvios atraen á los paseantes, cuando el sol, ya ardiente, aconseja buscar la sombra y el reposo bajo el follaje al que anda fatigado entre las rocas de la playa. Esta hora me ha sorprendido una vez en este sitio y penetré al través del bosque hasta una especie de gabinete de verdura que he tenido la paciencia de diseñar como estudio botánico; pero una prueba me ha bastado. Dejo ahora la palabra á Mr. Heuglin:

«La orilla está recortada por pequeñas bahías: una cinta de espuma rodea las madreporas, los bancos de arena, las islas de limo; y las olas, despues de haber perdido su fuerza contra una red de raíces y masas de conglomeraciones parduzcas, van á desaparecer al seno de las aguas muertas. Los nidos de los pájaros acuáticos penden de las cimas de los árboles, que surgen sus entretrejidas ramas en un légamo ardiente; y acumulamientos cónicos de raíces que alimentan vigorosos vástagos terminados por racimos de verde espléndido, forman espesos cóncavos donde no penetra el sol. Estas bóvedas de verdura guardan una atmósfera húmeda y mefítica por la descomposicion de los despojos acarreados por el mar: ni el mas leve soplo del aura templada tan ardorosos parajes. La intensidad del calor es tanta en ellos, que se experimenta una sensacion de bienestar, al separarse de aquí para esponerse á los rayos de un sol tropical.»

A escepcion de las tierras llanas invadidas por los paletuvios, toda la costa está limitada por una especie de reborde de conglomeraciones madreporicas muy interesantes para un geólogo. Este reborde, corroido sin cesar por el agua y poco resistente de por sí, cede poco á poco y deja á veces caer al mar enormes bloques que desaparecen luego. Salt ha dibujado este efecto geológico en su vista de la bahía de Amphila, que podria tambien servir para la punta Gherar, por

ejemplo, ó las que se ven entre Ghedeux y el mar.

No hay nada mas original que el suelo mismo de la isla de Massaúa donde desembarqué diez minutos despues de mi paseo á los paletuvios. Es un museo de corales de toda forma, una coleccion de todos los especímenes de vegetacion lítica que dan al Mar Rojo un carácter particular. En las paredes de las casas inmediatas al cementerio, en las construcciones funerarias, y sobre todo en las bóvedas de las cisternas, puede el aficionado admirar todas estas variedades corálicas que mi ignorancia en su tecnologia me impide enumerar aquí.

He nombrado las cisternas, y voy á hablar de ellas. Las cisternas ocupan la tercera parte de la isla, y la tradicion indígena las atribuye á los persas; tradicion que tiene su fondo de verdad, porque parece averiguado que en tiempo de Khosroes, un poco antes del islamismo, la Persia reinaba en toda esta parte del Mar Rojo. Todo lo que en estas regiones no es auténticamente musulman ó abisinio, es pérsico. Asi las ruinas de la isla de Akik entre Massaúa y Suaken, como las cisternas de Massaúa, como las doscientas cisternas de Dahlak, tienen ese origen. Sin negar la accion que el pueblo persa, muy civilizado, muy práctico sobre todo en materia de trabajos públicos, ha podido ejercer sobre este pais, confieso que no comprendo cómo durante su corta dominacion (menos de un siglo) este pueblo haya podido pensar en semejantes trabajos ni menos ejecutarlos.

Quien quiera que sean los autores de estas cisternas, la verdad es que hacen honor á su memoria, no solo por sus dimensiones, por las dificultades vencidas, si que tambien por la belleza del trabajo, de que se puede formar una idea examinando las tres ó cuatro que aun están casi enteras. Si se me perdona la vulgaridad, tienen poco mas ó menos la forma de nuestras maletas; es decir, que están protegidas por una especie de cobertera ó bóveda ligera de fragmentos de corales unidos por un cemento indestructible. Las paredes interiores de la caja son lisas y cubiertas de una especie de estuco rosado; los bordes son tan bajos que á la mas ligera lluvia resbalan las aguas y confluyen á las cisternas. Estas bellas y útiles antigüedades hubieran sido protegidas por la autoridad turca, tan vigilante cuando se trata de poner en obra cualquiera invencion fiscal; pero como el gobernador y sus seides tienen todas las mañanas su buena agua de Monkullo, les es indiferente que los demás la necesiten. Las cisternas del interior de la isla se arruinan sin reparacion; las inmediatas á la playa acaban por ser invadidas por el mar que rompe su débil barrera, y entra con estrépito á cada golpe de oleaje.

¿Cuál es el origen de Massaúa? Munzinger piensa que debe buscarse este nombre en la lengua indígena

na (el *hassia* ó *tigré*) donde *mezana* indica el espacio al través del cual se puede oír distintamente un grito, que es justamente la distancia que media entre la isla y tierra firme. No estamos de acuerdo en la etimología, toda vez que en la lengua del pais la ciudad se llama Basé y no Massaúa. Este último nombre pertenece á una familia muy modesta de mercaderes que al decir de todos, es la mas antigua del pueblo. Haré observar á este propósito, que contra la costumbre ordinaria de los musulmanes, los massauanos tienen nombres patronímicos. Los mas notables de estos nombres son *Adulai*, originario de *Adulis*. Mohammed *Adulai*, á quien he conocido en Massaúa, es probablemente un descendiente en cuarto grado de Mohammed *Adulai*, con quien Bruce se hallaba en relaciones; *Daukali*, singular de *Danakil*; *Farsi*, persa; *Yemeni*, descendiente de *Yemen Hadramante*, y muchos otros.

Los antiguos geógrafos citan en esta costa una poblacion llamada Saba (*Saba emporium*) que, bien entendido, no es la capital de la encantadora Makada, la predilecta del mas sabio de los reyes. Rupel y Heuglin pretenden hallarla en Massaúa á 1 ó 2 kilómetros de la ciudad actual por la parte del Gherar. Rupel describe con precision una especie de cripta cristiano-bizantina, que para él es Saba. Yo he hallado su cripta que me ha parecido ser no mas que una cisterna, donde las plantas parásitas han prosperado tanto que no he podido ver absolutamente nada de lo que dice el eminente viajero. Respeto, sin embargo, mucho su veracidad para sospechar que haya inventado los chapiteles y demás ornamentos de que habla.

En cuanto á las antigüedades cristianas á que se refiere Mr. Heuglin y que coloca, segun entiendo, á 1,500 ó 2,000 metros hacia el Norte, y por la parte de Dahlia, me temo mucho que jamás hayan existido.

Los monumentos de la isla se reducen á una docena de edificios religiosos, entre los cuales hay una mezquita de un carácter bastante notable que es probablemente donde los portugueses hacia 1520 hicieron celebrar misa, despues de haber espulsado á los musulmanes de Matzua, como ellos la llamaban. Al fin y al cabo represalias eran, pues los musulmanes habian arrebatado este santuario á los cristianos abisinos.

Es curioso en la relacion de Alvarez el detalle de la visita que hizo á los nuevos auxiliares de la Abisinia el *baharnagas* (prefecto de las provincias marítimas); las promesas que cándidamente le hicieron los portugueses, la frialdad diplomática con que fueron recibidos por este principillo feudal á quien en suma ellos regalaban la mayor parte de su principado invadido por los infieles, etc., etc. Parécenos ver, en escala inferior, á Leopoldo de Austria discutiendo

friamente con sus *hofrath*, sobre el modo de recibir á su salvador Sobieski. Despues de tres siglos y medio los abisinos no han cambiado.

La colonia mas original de Massaúa, la mas importante acaso, mercantilmente hablando, son los banianos, ese famoso cuerpo de mercaderes indios que desde hace siglos sostienen el comercio del Mar Rojo esperando el momento temido en que la apertura del *nuevo rio* (Bahr dejedid, nombre popular del canal de Suez) les traiga concurrentes que los perjudiquen. El barrio baniano es el que se deja á la derecha desembocando en la plaza de la Aduana y entrando directamente en el bazar. No tiene ninguna animacion, porque todas las tiendas son de *suk* y el barrio no ofrece al pasajero mas que *angarebs* colocados á lo largo de las paredes, donde reposan muellemente unos hombrachones algo obesos, medio desnudos, de cabeza pelada, de bigote negro y mezquino, de ojos de azabache en una cara amarilla y afeminada: diríase que es alguna calle de Delhi ó de Bombay. Cuando el baniano sale de casa lleva un rico turbante rojo bordado de oro ó de seda amarilla y una pesada cadena de plata alrededor de la cintura.

La devocion meticulosa de esta gente tiene algo de original. Su religion les veda no solo comer carne, sino tambien cualquiera otro manjar que haya podido estar en contacto con ella. Hace diez meses, el padre Delmonte, procurador de la mision lazarista de Massaúa, recibió comunicacion de un pedimento que los banianos habian dirigido al gobernador á propósito de su cisterna adyacente á la mision. Quejábanse de que los perros de los lazaristas solian sacar de la cocina huesos que roian no lejos de la cisterna; que cuando llovía, las aguas que habian mojado estos huesos en que hubo carne adherida, podian correr á la cisterna; lo que les esponia á infringir la ley bebiendo de una agua impura. El gobernador, como buen turco, indiferente á todo lo que no es el islamismo, habia dicho sin duda entre dientes: un cerdo blanco y un cerdo negro no son nunca mas que cerdos; y en su imparcialidad envió á Mr. Delmonte la solicitud de los banianos que concluian pidiendo que los perros fueran encerrados ó muertos. Mr. Delmonte respondió que autorizaba á los peticionarios para castigar á los perros que hallasen in fraganti, y que lo dejaran en paz.

La colonia europea no ha sido nunca muy numerosa en Massaúa: compónese ordinariamente de un agente consular, de uno ó dos comerciantes y de algunos misioneros. Digamos de estos últimos algunas palabras.

Los primeros que se establecieron en este paraje fueron capuchinos modestamente alojados en Monkullo, en una casa donde sufrieron todas las penas del mundo para obtener la competente autorizacion. La